

que aun existe, dicen que derramó amargas lágrimas en presencia de aquel desastre que costó la vida de algunos de sus mejores capitanes y soldados, y desvanecía sus sueños de gloria y conquista.

En tan desastrosa retirada perdió el ejército de Cortés todos los cañones y fusiles y los tesoros que había reunido en México. Las zanjas quedaron cegadas con los cadáveres de los combatientes y de los caballos, y tan horribles escenas tuvieron lugar, que en la Historia se conoce aquella fatídica noche con el nombre de *Noche Triste*, y así se llama también el árbol donde se detuvo Cortés á lamentar su infortunio.

El ejército tomó el camino de la república amiga de Tlaxcala, donde pensaba aquél rehacer su maltratada hueste; pero al llegar á *Otumba*, los aztecas le cerraron el paso presentándole batalla.

Admira que Cortés triunfase en aquella ocasión, desprovisto de las armas de fuego que tanto espantaban á los indios, con todos sus soldados heridos y agobiados de cansancio, desmoralizados como no podían menos de estarlo, después de los horrores de la noche triste, y casi sin caballería. No obstante, el triunfo fué completo, y la derrota de un ejército indio, diez ó doce veces más numeroso que el suyo, en los llanos de *Otumba*, otro hecho de armas que aquellos hombres extraordinarios llevaron á cabo para ser la admiración de la Historia.

Cortés fué recibido en Tlaxcala por el Senado de la República, con las demostraciones de afecto y cariño que siempre le prodigara. Allí curó sus heridos; recibió refuerzos que llegaron á Veracruz, conquistó unas villas y pactó con otras la guerra al imperio mexicano, hizo construir trece bergantines que en hombros de millares de indios transportó á *Texcoco* para acometer por agua también á la capital azteca, y el último día del año 1520 se presentó con quinientos españoles y un numeroso ejército de indios aliados, en la ciudad de *Texcoco*, en donde se preparó para sitiar á México.

En los preparativos transcurrieron algunos meses, que aprovecharon también los mexicanos en fortificar su capital. Tenían éstos entonces por emperador á *Cuauhtemotzin* ó *Cuauhtemoc*, que había sucedido en el trono á *Cuitlahuac*, hermano de *Moctezuma* y héroe de la noche triste, fallecido de viruelas poco después de aquella terrible jornada. *Cuauhtemoc* era joven, valiente y activo y ofrecía gran confianza á su pueblo.

Largos meses de sitio y asaltos, funestos algunas veces para los españoles y siempre mortíferos para los indios, costó la toma de México, defendida heroicamente por los sitiados: defensa que un historiador compara á la de Sagunto por el valor de aquéllos y el hambre horrible que sufrieron durante setenta y cinco días de estrecho asedio.

Cayó México en poder de los españoles el 13 de Agosto de 1521, haciendo prisionero á *Cuauhtemoc*, último y desgraciado emperador azteca que murió más adelante ahorcado por los soldados de Cortés en la expedición á las *Hibueras*, á consecuencia de una conspiración que contra ellos tramó.

Dueño el conquistador del vasto territorio que había sido imperio mexicano y reconocida por todos los reyezuelos y caciques del país la soberanía de España, escribió á Carlos V una carta relatándole los acontecimientos y pidiéndole que á la región por él conquistada se diese el nombre de *Nueva España*, como en efecto lo llevó desde entonces.

Los monarcas castellanos nombraron á Hernán Cortés, Gobernador y Capitán General de las nuevas posesiones españolas, encargándole que siguiese conquistando territorios, como lo hizo el infatigable caudillo que recorrió el Sur hasta las *Hibueras* ó Guatemala, y el Norte hasta la península de California, cuyo golfo descubrió dándole el nombre de *Mar de Cortés*.

Reedificada la ciudad de México, que el incendio y los horrores del asalto habían casi destruido, empezó en ella el gobierno español, primero por *gobernadores*, que lo fueron sucesivamente Cortés, Ponce de León, Marcos de Aguilar y Alonso de Estrada, hasta 1528 que se cambió el sistema por *Audiencias*, de las cuales hubo dos hasta 1535 en que se creó el *Virreinato*, siendo el primer virrey Don Antonio de Mendoza, que gobernó con acierto y honradez por espacio de quince

años. A éste siguieron sesenta y dos virreyes sucesivos, siendo el último de derecho pero no de hecho, D. Juan O'Donojú, en cuyo tiempo (1821) se independizó México, gobernándose por una Regencia, de la que formó parte el mismo O'Donojú. Entre estos virreyes los hubo que se hicieron amar del pueblo por su tacto político y bondadoso corazón, como los hubo también que fueron crueles tiranos y monstruos de maldad y ambición que originaron con sus exacciones y arbitrariedades sangrientos motines y revueltas.

Arroyos de plata corrieron en aquellos tiempos para Europa, brotados de las inagotables minas de la Nueva España; riquezas inmensas que se aplicaron al sostenimiento de las continuadas guerras de la Metrópoli con las naciones europeas y que de poco ó nada sirvieron para engrandecer económicamente á la desecubridora y conquistadora de un nuevo mundo.

El espacio de trescientos años que media entre la conquista de México y su independencia de España, está lleno de esos episodios en que abunda la historia de todas las colonias y en los que resaltan las miserias humanas, la ambición de unos, el orgullo de otros y las quejas de los oprimidos. El siglo de los héroes que inmortalizaron los esclarecidos nombres de Carlos V, Gonzalo de Córdoba, Alvaro de Bazán y D. Juan de Austria en el antiguo Continente; Hernán Cortés, Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval y Francisco Pizarro, en el Nuevo Mundo; el siglo de los grandes descubrimientos geográficos y de los portentos literarios, de Vasco de Gama y Magallanes y de Lope de Vega y Cervantes, ese siglo había terminado ya, hundiéndose en los abismos del tiempo con sus fervores religiosos y sus románticos caballerismos, sucediéndole una época de materialismos y ambiciones desmedidas que vinieron á engendrar las lujuriosas riquezas de la virgen América. Por eso, para juzgar de los españoles de los siglos XVII y XVIII, es preciso tener presente la época y las circunstancias que atravesaron, y á sangre fría, considerar el medio en que vivían entonces los españoles del Nuevo Mundo, para disculpar, ó atenuar siquiera, los abusos de autoridad que cometieron algunos, las exacciones y atropellos que sufrieron los pueblos y las luchas intestinas que ensangrentaron el suelo de México en más de una ocasión. Y con la serena mirada del que ve de lejos los acontecimientos, reflexionar que nada ya de lo malo nos queda, mientras mucho heredamos de lo bueno, traducido en una civilización avanzada, una religión pura y racional, un rico idioma, centenares de monumentos majestuosos del saber y del culto, y unas páginas en la Historia resplandecientes y de gloriosas acciones que iluminan la frente heroica de nuestros abuelos.

IV. Tres son las épocas que dividen la historia de México, señaladas por tres acontecimientos trascendentalísimos en los que no podemos menos de detenernos, aun cuando sea una breve reseña histórica la que escribimos: el establecimiento de los aztecas en el Anáhuac ó formación de una verdadera y sólida nacionalidad en el país, la conquista española de estos inmensos territorios y la independencia del nuevo pueblo mexicano que vino formándose en trescientos años de coloniaje.

Cuando á principios del siglo actual estalló en España aquella titánica lucha contra el coloso de Europa, Napoleón Bonaparte, y tuvo la madre patria que reconcentrar en sí misma las escasas fuerzas que las cruentas guerras del siglo XVIII le habían dejado, abandonó un tanto la política de Ultramar, dando ocasión á que sus colonias de América decidieran aprovechar la oportunidad que les deparaba el destino para hacerse libres.

El fluido eléctrico de libertad que la revolución francesa lanzó á los cuatro vientos, hizo vibrar las fibras de los hispano-americanos y brotar, como evocados por la vara mágica de las nuevas ideas, esos genios de la independencia americana, que en el Sur del Continente se llamaron Bolívar y San Martín y en México Morelos y Guerrero, como en el Norte se habían llamado Washington y Franklin. Los españoles de América, *los enriquecidos*, como tan felizmente calificó el historiador argentino D. Vicente López á aquellos peninsulares emigrados de su tierra al Nuevo Mundo, en la edad primera, sin educación alguna, sin conocimientos de nada, y que actuando en un medio excepcional de riqueza, con enorme dosis de ahorro y de economía, levantaron una fortuna al cabo de algunos años,

no vacilaron, la mayor parte de ellos, en ser traidores á su patria y unirse á los insurgentes, creyendo que la independencia del país les acrecentaría sus ya cuantiosas fortunas.

Y cuanto más grande y más noble aparece el americano, ya que lo fuera descendiente de los indios ó hijo de esos mismos peninsulares, empuñando el fusil en defensa de su libertad é independencia, tanto más bajo y ruin aparece aquel que pospone el amor de la patria por un sórdido sentimiento de avaricia. Pero hay más: estos peninsulares que ayudaron la insurrección con su influjo moral y su dinero, no derramaron su sangre en holocausto de la idea perseguida, que á haberlo hecho los creeríamos fanáticos apóstoles de la libertad, como lo fué Mina en México, y no seres despreciables dominados por la sed de riquezas.

España, por esto, no tuvo para defender su dominio otros baluartes que un puñado de soldados, fácilmente vencidos por el número y por el noble ardor de los insurgentes; y desde que el cura de Dolores, D. Miguel Hidalgo y Costilla, lanzó el grito de *independencia*, en la madrugada del 16 de Septiembre de 1810, podía preverse el resultado de la lucha que iba á entablarse y que no podía ser otro sino el triunfo de la libertad, noble ideal que perseguía un pueblo llegado á la mayoría de edad y apto para poder abandonar la tutela paterna.

Sin embargo, la lucha tenía que ser sangrienta, porque los beligerantes acudían á los campos de batalla guiados por dos grandiosos móviles que no daban lugar á la cobardía. Si la idea de patria y libertad enardecía á los mexicanos, la patria y la disciplina, el deber y el respeto á sus banderas de que siempre formó un culto el valiente soldado español, lo impulsaba á vencer ó morir.

El *Padre de la Patria*, como con justicia llama México al heroico Hidalgo, empezó su campaña con algunos triunfos. Dueño por ellos de la provincia de Michoacán, se dirige á la capital de la Nueva España con nunca vista osadía. Sus filas, engrosadas por innumerables patriotas, llegan á una jornada de México y en el monte de *Las Cruces*, donde se le opone un reducido ejército de *realistas*, alcanza una lucida victoria que hace tremolar casi á la vista de la asombrada capital el estandarte de la independencia. Pero de allí retrocede Hidalgo y se dirige á Querétaro, donde empieza el calvario de los insurgentes.

Tras una serie de reveses cae en poder de los españoles el ilustre caudillo de la libertad, y es ejecutado. Tras él caerán otros muchos, mártires sacrosantos de una idea sublime; pero lejos de amenguar el entusiasmo por la causa que persiguen, será motivo para que nuevos adalides aparezcan en la arena, y los ejércitos insurgentes se multipliquen fabulosamente.

Aparece en Oaxaca el gran Morelos, enérgica figura militar de aquella contienda, y después de destrozar en cien combates á las tropas de los virreyes, sufre una derrota y cae á su vez en los horrores del patíbulo. La revolución entonces pareció sofocada; pero la chispa que había de renovar el incendio, más voraz que nunca, estaba en las selvas del Sur y la alimentaba Guerrero. Desembarca Mina, el famoso guerrillero español, en las playas mexicanas, y como el huracán propaga de nuevo el fuego de la insurrección; pero Mina cae también y su sangre fertiliza el campo de los mártires.

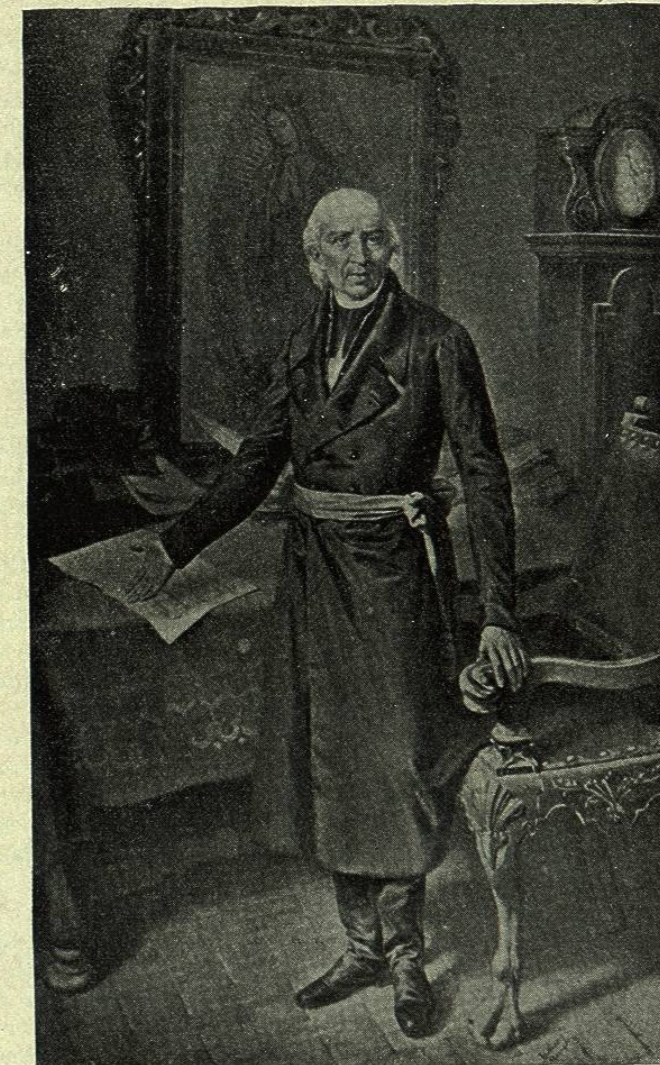
Queda Guerrero solo, pero más enardecido con los desastres lleva la lucha adelante sin cejar un momento, hasta que la defección de Iturbide, enviado por el virrey Apodaca para combatirlo, trae como consecuencia el célebre *Plan de Iguala*, que fué el verdadero triunfo de la insurrección.

Cuando llega á las ardientes costas de Veracruz el último virrey O'Donojú, encuentra triunfantes y enseñoreados de todo el país á Iturbide y Guerrero, y comprendiendo la inutilidad de sostener la lucha, pacta con Iturbide y entra con él en la capital de la Nueva España.

Era el 27 de Septiembre de 1821 y la lucha pudo darse por terminada, once años después del grito de Dolores. España perdió su riquísima colonia, y en el catálogo de las naciones hubo de inscribirse un pueblo más, libre y soberano.

V. Entró desde aquel día México en la turbulenta vida de las naciones jóvenes; pero esta época es de tanta riqueza histórica, tan abundante en episodios nota-

bles, reveladores de la prodigiosa fuerza con que el país llegaba al concierto de los pueblos libres, que reconocemos no está nuestra pluma dotada con facultades intelectuales bastantes para poner de relieve los grandes hechos y para dibujar los retratos brillantes de ilustres mexicanos que salvaron su patria de los horrores de la anarquía, así como para trazar las sombrías figuras de fatídicos personajes, cuya monstruosa ambición la arrastraron muchas veces al borde del precipicio donde á punto estuvo de hundirse con la gloriosa corona que tejiera para sus sienes la sacrosanta lucha por la independencia.



D. MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA, Cura de Dolores, llamado por los mexicanos *Padre de la Patria*

Claro está que, dada la época doble de evolución y revolución que la sociedad atravesaba, humeante aún la sangre derramada en las calles de París, en aras de la libertad y de los derechos del hombre, cuando ya la primera república del nuevo continente se había elevado á prodigiosa altura en la vida intelectual y material de los pueblos, apenas transcurridos algunos lustros desde su independencia de la vieja Inglaterra; claro está, repetimos, que el primer régimen político que en el pensamiento de todos los buenos mexicanos había de estar, era el régimen liberal de una república, que sin embargo y desgraciadamente, no se consolidó entonces,

porque las ambiciones de algunos, el fanatismo religioso de otros y los escrúpulos injustificados de muchos, se oponían á ello, y creaban para deshonra de aquellos tiempos varios partidos extremos, furibundos y apasionados, que con el enconamiento de sus luchas acarrearón á la patria un mundo de desastres y escribieron su historia con lágrimas de sangre.

Tres fueron los bandos políticos que surgieron de las sombras en que se envolvía el problema de gobierno para el México independiente: el que pedía una constitución republicana, el que deseaba una monarquía regida por un príncipe español y el que aceptando también este sistema exigía que fuese un mexicano su monarca.

En los primeros momentos, el niño mimado de la fortuna, D. Agustín de Iturbide, á quien se debía verdaderamente el triunfo de la independencia por su defecación en los campos de Ayutla y su famoso *Plan de Iguala*, que vino á terminar la terrible lucha iniciada por el párroco de Dolores, fué el indicado por la opinión pública y por la fuerza de las circunstancias para ponerse al frente de un gobierno provisorio, que se formó con una *Regencia* y una Junta cuyas presidencias recayeron en aquel caudillo.

Iturbide, en medio de sus buenas cualidades como militar y como gobernante, tenía el lunar de una ambición desmedida y una insaciable sed de honores y grandezas, llegando á concebir la idea de oprimir sus sienes con una corona, haciéndose proclamar emperador de México, sueño que vió realizarse el 19 de Mayo de 1822 cuando el sargento Pío Marcha, por sí ó como agente de otros, dió el que hoy nos parece extraño grito de ¡*Viva Agustín I!*

Proclamado emperador, Iturbide empuñó el cetro, y sin tiempo á entibiarlo con el calor de su mano, hubo de abdicarlo el 20 de Marzo de 1823, obligado por los trastornos políticos que se produjeron, entre los cuales asumió la mayor importancia y gravedad para el Gobierno, la sublevación de Santa Anna en Veracruz proclamando la República.

Iturbide salió desterrado para Liorna, y después de algún tiempo errando por Europa, regresó de incógnito á México, pero fué conocido al desembarcar en Soto la Marina, preso y fusilado por orden del Congreso, que con saña inaudita lo calificó de *traidor* á la patria. La ejecución del verdadero autor de la independencia mexicana fué un asesinato incalificable que no tiene disculpa ni aun por *razón de Estado* alguna.

Proclamada al fin la República federal, cuya Constitución se juró el 4 de Octubre de 1824, subió á la presidencia el General Victoria, durante cuyo mando se celebraron en Europa algunos contratos de empréstitos onerosos para el país, pero que sirvieron para demostrar que la nueva nación se reconocía con gusto en el mundo mercantil, y que sus riquezas naturales, bien poco conocidas aún, inspiraban confianza allende los mares.

Al horrible fusilamiento de Iturbide siguió el no menos execrable del gran patriota D. Vicente Guerrero, el más grande de los héroes de la guerra de emancipación, el que la sostuvo con su fe y su energía cuando el desánimo cundió en las filas de los insurgentes, dando lugar su indomable resistencia á que la defecación de Iturbide tuviera consecuencias decisivas para la causa de la libertad. El General Guerrero, que se pronunciara contra el gobierno de Bustamante, fué víctima de una cobarde traición. Un miserable llamado Picaluga, mediante la gratificación de cincuenta mil pesos que el ministro de la Guerra de aquella poco escrupulosa administración no tuvo inconveniente en ofrecerle, lo entregó con el barco en que huía Guerrero, á las autoridades de Oaxaca.

¡Tiempos nefastos aquellos en los que la anarquía se enseñoreaba del país y eran un mito las leyes y el orden público! Tiempos en que la nación se constituyó bajo una forma de gobierno que pocos comprendían y que muchos se explicaban traduciendo los principios republicanos por el derecho que cada uno creía tener á obrar como más le agradase. Tiempos de desorden tal y de tal repulsión en los elementos sociales, que se veían militar en los campos de la política centenares de partidos ó fracciones que llevaban al poder presidentes como Guerrero, que duraba en la presidencia ocho meses y medio; y como Bocanegra, que gobernaba tan sólo

del 18 al 23 de Diciembre de 1829, para ser sustituido por un triunvirato que duró ocho días en el Gobierno.

Hemos apuntado estos hechos ligeramente para dar idea del desquiciamiento que las instituciones, las leyes, los partidos y las ideas sufrían en aquella época fatal y que acarrearón, entre otras calamidades, la desgraciada sublevación de los colonos de Texas, contra quienes el Gobierno tuvo que enviar un ejército al mando del mismo presidente de la República General Santa Anna. Los sublevados, recibiendo ayuda moral y material de los Estados Unidos, de igual modo que en nuestros días la recibieron los insurrectos de la isla de Cuba, pudieron hacer frente á los ejércitos federales; y aunque en el principio sufrieron reveses, muy pronto obtuvieron ventajas militares, haciendo retroceder á aquéllos y consiguiendo que la protección de los norteamericanos se hiciese descaradamente abierta y hostil para el Gobierno de México. El General Santa Anna cayó prisionero de los texanos en un combate desgraciado y cometió la imperdonable falta de tratar con sus enemigos, reconociendo á Texas como República independiente.

El Congreso mexicano y el vicepresidente de la República, volvieron por el honor ultrajado de la patria, y rechazando los convenios celebrados por Santa Anna, determinaron continuar la guerra con más energía que nunca. Por desgracia, el ejército se hallaba en muy malas condiciones, desnudo, sin armamento y sin víveres y el tesoro federal exhausto, cuando, para mayor gravedad de la situación, la mala fe de los yankees, desenmascarada ya, determinó reconocer la independencia de Texas y declarar la guerra á México. Esta fué cruenta y gloriosa para la débil nación mexicana, que en medio de sus penurias, sus disensiones políticas y de sus guerras civiles, encontró, no obstante, patriotismo suficiente en sus hijos para luchar heroicamente con los invasores, obteniendo algunos triunfos, pero sucumbiendo al fin ante el número de sus enemigos y víctima de su carencia de elementos materiales. Preciso es confesar que el General Santa Anna, hombre funesto para su patria desde que dió principio el conflicto de Texas y que dirigió la campaña, puesto ya en libertad por los insurrectos, no supo llevarla ni como táctico ni como político, y muchas derrotas del ejército nacional se debieron á su ineptitud y poco valor cívico.

Llegaron los yankees á la capital mexicana después de asaltar y tomar el castillo de Chapultepec, defendido heroicamente por un puñado de chiquillos, alumnos del Colegio Militar, y entonces no hubo otra solución que llegar á la paz por medio del tratado de Guadalupe Hidalgo, en el cual se consideró todo el inmenso y rico territorio de Texas y Nuevo México, no como una república independiente, sino anexionado á los Estados Unidos, estableciéndose la frontera de México en el río Grande del Norte, límite que había sido indicado precisamente en los vergonzosos convenios de Santa Anna con los sublevados de Texas.

Quedaron así dueños esos terribles ambiciosos del Septentrión, de una espléndida región de terreno, el más rico tal vez de la parte norte del continente americano. Ellos fomentaron la insurrección texana acariciando los oídos de aquellos colonos con la idea de independencia, para hacerlos muy pronto sus esclavos, y del mismo modo procedieron en nuestros días con los inocentes cubanos, cuya ignorancia de la historia les hizo creer en las falaces promesas del zorro americano.

Firmado el tratado de paz el día 2 de Febrero de 1848, se encontraron los Estados Unidos en posesión de 94.600 leguas de territorio usurpado, que comprendía la Alta California, el Nuevo México y Texas, quedando la República mexicana reducida á lo que hoy es y agotadas sus fuerzas materiales por tantas luchas y tantos desastres. Sin embargo, las discordias civiles no terminaron aún, y ellas que ocasionaran una invasión extranjera, iban á acarrear muy pronto otra más terrible por la sangre derramada, aunque no de tantas pérdidas materiales.

En 1854, erigido en dictador el nefando Santa Anna, que tantas lágrimas y tanta sangre costó al país, con su soberbia sin límites y sus errores políticos, se produjo un hecho de altísima importancia y del cual data la regeneración de México y la verdadera constitución de su nacionalidad. Nos referimos á la revolución que inició el gran patriota General Alvarez proclamando el famoso Plan de Ayutla, secundado por Comonfort y otros jefes del partido liberal.

La revolución que empezara por un motín militar se hizo popular muy pronto, y de triunfo en triunfo llegó al 9 de Agosto de 1855, fecha memorable en la cual el tirano Santa Anna huyó cobardemente de la capital y se embarcó en Veracruz.

El triunfo de la revolución iniciada en Ayutla, si bien marcó una época de regeneración política y hasta social para la República, fué de regeneración lenta y trabajosa, porque el desquiciamiento era general y la exaltación de las pasiones había llegado á su período de mayor efervescencia. Por eso cuando el plan revolucionario se proclamó en la capital, fué falseado en parte, produciéndose nuevos disturbios y excisiones en el partido liberal hasta entonces tan unido.



D. BENITO JUÁREZ

El conservador, que se veía derrotado, trabajaba sordamente en estas excisiones para debilitar á sus enemigos, y las consecuencias fueron tan terribles que el país entró de nuevo en la serie de pronunciamientos y motines que derramaban á mares la sangre humana y lo mantenían en perenne anarquía.

En la noche de aquellos tiempos sombríos y nebulosos, cuando toda esperanza de paz y concordia era perdida y la patria caminaba al derrumbamiento de sus instituciones y de sus leyes sociales; cuando más furiosa descargaba la tormenta política y azotaban sus rayos de ambición la frente de unos, mientras el huracán de las pasiones arrastraba hasta los más rudimentarios sentimientos de humanidad, brotó esplendente, rasgando los nubarrones del horizonte, un nuevo y rutilante astro que disipó las sombras, y como á virtud del divino *fiat lux* hizo brotar el orden público de aquel caos espantoso de odios y discordias.

Este hombre prodigioso procedía de la clase más modesta de la sociedad mexicana; procedía de la raza indígena y se llamó Juárez, el inmortal D. Benito Juárez, que nació poco más que en una choza de las montañas de Oaxaca, elevándose

con su prodigioso talento hasta el palacio de los emperadores y de los virreyes. Y ¡cosa extraña! no obstante que su primera educación la recibió en el hogar de un honrado sacerdote, nada influyeron las doctrinas que alimentaron su espíritu en la infancia para oscurecer su elevado pensamiento, y cuando estuvo en el poder dictó las célebres leyes de Reforma que separaron la Iglesia del Estado.

En su tiempo fué cuando los revueltos mares de la política agitaron más que nunca la nave de la patria, poniéndola á punto de zozobrar. En su tiempo fué cuando un partido egoísta pospuso la sacrosanta idea del patriotismo á sus ambiciones personales, y viendo en peligro sus prerrogativas y sus cuantiosas rentas, llamó traidoramente á México á una nación extranjera, ofreciéndole el trono de Agustín I, para un príncipe de la casa de Austria, el desgraciado Maximiliano de Hapsburgo.

Con un pretexto fútil, se formó una liga criminal entre España, Inglaterra y Francia para intervenir en México; pero á las dos primeras potencias cabe la honra de haber retrocedido ante la infamia que iban á cometer, á moción del ilustre y malogrado general Prim, jefe de las fuerzas coaligadas, que desde Veracruz regresó á España declarando no haber motivos para una intervención. ¡Generosa conducta de la madre para con su hija, la que acababa de abandonar su regazo y cuya noble acción no estima en lo que vale la mayoría de los mexicanos!

Francia siguió adelante, impulsada por el genio de un déspota, pero en abierta oposición con la opinión pública francesa, cuya hidalguía rechazaba la inicua invasión. Los hijos de San Luis derramaron copiosamente la sangre de los mexicanos y colocaron sobre la frente de Maximiliano una corona que debió quemar las sienes del príncipe y oprimíselas con el peso de una sentencia de muerte; ¡no otra cosa fué para el desgraciado autócrata la diadema imperial!

Maximiliano, contra lo que esperaba el partido político que lo trajo, mantuvo las leyes de *Reforma*, y ésta fué la causa de que el partido conservador y el clero no lo sostuvieran con la energía debida, llegando á verse en la necesidad de abandonar la capital y retirarse á Querétaro fortificándose en el Cerro de las Campanas, donde al fin se rindió al General Escobedo, y allí mismo fué fusilado algunos días después, por razones de Estado perfectamente disculpables.

Europa vió en este rasgo de energía de México su valor moral y material, y ya no pensó más en atacar su independencia.

Tomada la capital por las tropas nacionales al mando del General Díaz, regresó Juárez á ella y empezó aquella brillante administración dedicada á desterrar la anarquía y cimentar las leyes, emanadas de la Constitución proclamada en 1857 y que hoy rige al país.

Entró desde entonces la nación en el camino de rápido progreso que la distingue, haciendo funcionar todos los resortes de sus inmensas riquezas naturales.

La obra colosal iniciada por la revolución de Ayutla y planteada por Juárez fué continuada desde 1870 por el General D. Porfirio Díaz, que para fortuna de la República rige hoy sus destinos políticos, formando una época de administración tan notable, que cedemos la pluma á un conocido escritor mexicano para reseñarla, convencidos de la impotencia de la nuestra.

El general D. Porfirio Díaz y su administración

(COLABORACIÓN)

Consumada la independencia nacional se ensayaron en el país distintas formas de gobierno, desde el efímero imperio de Iturbide, hasta la Constitución de 1824. Predominó, sin embargo, la tendencia dictatorial por la influencia del partido conservador, y poco duró el régimen liberal. La historia de México fué entonces la de una lucha constante entre la libertad y el absolutismo, hasta que en 1854 se ini-

102000/211